

Modernización educativa y ética de la productividad: ejes del nuevo modelo de desarrollo

Jablonska, Alejandra

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Jablonska, A. (1994). Modernización educativa y ética de la productividad: ejes del nuevo modelo de desarrollo. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 39(157), 91-111. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1994.157.49871>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Moderniza- ción educati- va y ética de la pro- ductividad: ejes del nuevo modelo de desarrollo

Alejandra Jablonska

La capacidad de las sociedades industriales avanzadas para anular los elementos de oposición al *status quo* ha sido denunciada décadas antes por un grupo de marxistas “occidentales” miembros de la Escuela de Frankfurt. Su crítica de la sociedad y cultura capitalistas, que a juicio de muchos pecaba de excesivo pesimismo, partía de su caracterización como una sociedad totalitaria basada en la represión y dominada por la racionalidad tecnológica. Como sistema de dominación, advertían los pensadores de izquierda, la sociedad industrial avanzada sometía todos los intereses sociales e individuales a las necesidades del aparato productivo, adoctrinaba y manipulaba al individuo manteniéndolo en la incapacidad para ser autónomo. El modelo de desarrollo basado en el principio de eficiencia, como anotó Marcuse, “configura todo el universo del razonamiento y la acción, de la cultura intelectual y material. En el medio tecnológico, la cultura, la política y la economía, se unen en un sistema omnipresente que devora o rechaza todas las alternativas. La productividad y el crecimiento potencial de este sistema estabilizan la sociedad y contienen el progreso técnico dentro

del marco de la dominación. La razón tecnológica se ha hecho razón política".¹

La estabilidad y cohesión de la sociedad industrial se manifiestan en su capacidad de integrar a todas las clases en un proyecto unitario que excluye las posibilidades de desarrollo alternativo. Este modelo de sociedad, advertían Horkheimer y Adorno, no se realizaba en nombre de la emancipación de los sujetos, sino que, por el contrario, perfeccionaba los mecanismos de la represión que eran tanto más peligrosos que pasaban inadvertidos para los individuos, quienes interiorizaban los valores de su sociedad.²

Si bien no es posible estar de acuerdo con todas las tesis de los autores, su sombría visión de la sociedad sometida en su conjunto a la lógica de la productividad y competitividad hoy parece materializarse en los proyectos de "modernización" económica, política y educativa que las clases dominantes imponen con creciente éxito en una gran parte de países en el mundo.

El proyecto de la modernización educativa promovido por la administración del presidente Salinas de Gortari no escapa a esta lógica. En todos los documentos que sientan las bases de la reforma del sistema educativo resalta el objetivo de someter los fines de la formación de las nuevas generaciones a los requerimientos de la acumulación de capital, en condiciones de la globalización de la economía mundial y competencia abierta.

En efecto, los criterios que orientan la reforma educativa provienen, por lo general, del ámbito económico: la productividad del sistema, la maximización de su eficiencia, la racionalización de los recursos, tanto materiales como humanos, invertidos en la educación. La vinculación entre los ámbitos educativo y económico, promovida por los teóricos de la modernización, obliga a analizar las premisas del nuevo modelo de acumulación diseñado y puesto en práctica a lo largo de los últimos dos sexenios.

Crisis de un modelo de acumulación

La crisis que estalló en México a inicios de la década de los ochenta

¹ Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, México, Joaquín Mortiz, 1968, p. 18.

² Cfr. T.W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo*, Buenos Aires, Sur, 1970.

derivó en gran parte sus rasgos del modelo de crecimiento anterior y, a su vez, marcó las características de la reestructuración que se emprendió con miras a superar las dificultades que enfrentaba el conjunto del aparato productivo.

Si bien es posible señalar una serie de elementos internos que precipitaron la economía mexicana a una crisis de profundidad y amplitud devastadoras, tampoco se puede perder de vista que en México repercutieron al mismo tiempo procesos de mucha mayor envergadura.

En efecto, la crisis del modelo de acumulación, asociada al desprestigio del "Estado de Bienestar", fue mundial. La recesión que se inició en los países centrales en los sesenta provocó una retracción de inversiones industriales y la consiguiente sobreacumulación de capital.³ Una parte de estos excedentes financieros fluyó hacia los países de la "periferia" contribuyendo a acelerar ahí su desarrollo industrial, proceso que se verificó, entre otros, en México. No obstante, al agudizarse la crisis en la siguiente década, los procesos que antes beneficiaron a algunos países del "Tercer Mundo", ahora se revirtieron contra ellos. La caída de los precios de las materias primas, la contracción del mercado mundial, el estancamiento de las inversiones extranjeras, el encarecimiento y escasez de los recursos financieros, precipitaron las economías periféricas a un proceso de quiebra acelerada.

Las estrategias tendientes a recuperar la rentabilidad en grandes empresas transnacionales aceleraron el reacomodo del mercado mundial, proceso en que se modificaron los bloques económicos anteriores y surgieron otros nuevos. Capitaneados por países altamente industrializados, dichos bloques lograron imponer las nuevas reglas del juego a los demás países que, tras una larga crisis, se encontraban en una situación de suma debilidad. De este modo, la "periferia" fue obligada a asumir gran parte de los costos de la crisis mundial y contribuir a la recuperación en los países centrales.

Las nuevas normas que empezaron a regir el mercado mundial de bienes y servicios, tendientes a derribar las barreras proteccionistas, sobre todo en países de menor desarrollo y a otorgar mayores libertades a la inversión extranjera, fueron acompañadas por una

³ Cfr. Ruy Mauro Marini, "América Latina en la encrucijada" (mimeo).

ofensiva ideológica basada en el neoliberalismo. Dicha ideología planteaba como elementos centrales la apertura de las economías al mercado internacional y

el achicamiento del Estado, que implica —a través de la privatización de las empresas públicas— abrir las áreas más rentables de las economías dependientes al capital extranjero y, en general, reducir la capacidad de esas economías a las presiones externas, capacidad que sólo el Estado —en tanto fuerza encontrada— asegura.⁴

La política neoliberal, resultante de una recomposición de fuerzas entre el sector privado y los grupos gobernantes, se reflejó en las medidas que pretendían asegurar una pronta recuperación de las tasas de rentabilidad del capital, mediante la reducción de sus costos, objetivo que se lograba, entre otros, mediante la congelación de los salarios y la reducción de los impuestos. A la vez, se planteaba la necesidad de abrir nuevas áreas a la iniciativa privada sobre todo en el sector de los servicios (salud, educación, información y cultura).⁵

En México la recesión mundial tuvo repercusiones particulares que se conjugaron con una serie de circunstancias internas.

La caída de los ingresos petroleros en los que se fincó la expansión económica anterior originó una doble ruptura de los nexos internacionales vigentes. Por una parte, entró en crisis el modelo de intercambio comercial (basado en exportaciones petroleras mayoritarias) y, por la otra, el endeudamiento externo del país, tanto público como privado, dejó de ser motor del desarrollo y se convirtió en una pesada carga que llevó al borde la quiebra a sectores importantes de la economía.

Otro tanto sucedió con los instrumentos que antes permitían al Estado apuntalar la acumulación del capital: el aumento del déficit y de la deuda pública. Ante la imposibilidad de seguir subsidiando de esta manera al capital privado, se recurrió a medidas de “austeridad” y de desincorporación de las empresas públicas.

Las dificultades de las empresas, debido a su excesivo endeu-

⁴ *Idem*, p. 13.

⁵ *Cfr.* Leonard Mertens, *Crisis económica y revolución tecnológica*, Caracas, Nueva Sociedad, 1990.

damiento externo, se iban agravando a medida que la caída de la productividad repercutía crecientemente en el descenso de la tasa de ganancia, pese a una sostenida reducción de los salarios reales. Para contrarrestar estas tendencias el capital extremó las formas de acumulación recurriendo a la especulación cambiaria, bursátil y de precios.

La especulación, por un lado, y el retiro creciente de los capitales de la esfera productiva para depositarlos en los bancos extranjeros, por el otro, vació las arcas del país y obligó a nacionalizar la banca. A partir de este momento empezaron a tomarse una serie de medidas tendientes a provocar la recuperación de la economía sobre bases novedosas.

La recuperación bajo el neoliberalismo

La reestructuración económica que se inició bajo la administración de Miguel de la Madrid tuvo como trasfondo la necesidad del capital transnacional de una expansión mundial, ante la estrechez de los mercados nacionales. La globalización que la ideología neoliberal plantea como universalización de las oportunidades de desarrollo, fue en realidad una condición *sine qua non* para elevar la rentabilidad del gran capital.

Su recomposición a nivel internacional, como anotó Sarahí Angeles, exigió a su vez de una redefinición de las funciones del Estado, quien debió desprenderse de las empresas de su propiedad para apoyar la acumulación en empresas nacionales, tanto como las extranjeras.⁶ Las privatizaciones que en menos de una década pusieron en manos de importantes grupos industriales cerca de mil empresas públicas se realizaron principalmente con los criterios económicos y favorecieron la concentración del capital consolidando al mismo tiempo la alianza entre la tecnocracia estatal y las élites empresariales.

El conjunto de las medidas tomadas por el Estado para enfrentar la crisis tuvo como fin apuntalar la recuperación y reconversión de

⁶ Sarahí Angeles, "Aspectos de la recomposición del capital", en Josefina Morales, *La reestructuración industrial en México: cinco aspectos fundamentales*, México, Instituto de Investigaciones Económicas/Ed. Nuestro Tiempo, 1992, pp. 55-98.

las grandes empresas, tanto nacionales como extranjeras. Entre las de mayor trascendencia podrían mencionarse las siguientes:

1. Reprivatización de la banca y de las actividades financieras;
2. Renegociación de la deuda externa de las empresas privadas con la creación de un fideicomiso para la cobertura de riesgo cambiario (FICORCA);
3. Privatización de las empresas públicas;
4. Apertura de la economía mediante la firma del protocolo de adhesión de México al GATT y las negociaciones para firmar el Tratado de Libre Comercio con Canadá y Estados Unidos de América;
5. Política de estímulos a las exportaciones no petroleras;
6. Política de precios, tipo de cambio y tasas de interés que favoreció una pronta recuperación de elevadas tasas de rentabilidad en grandes empresas;
7. Política salarial que favoreció el descenso de salarios reales, como factor de competitividad internacional;
8. Política laboral orientada a debilitar y/o dismantelar los grandes sindicatos y contratos colectivos de trabajo con objeto de someter la fuerza de trabajo a las necesidades del capital.

La apertura de la economía mexicana, fuertemente protegida en décadas anteriores, colocó en el centro de atención el problema de la competitividad, así como de la *productividad* de la industria nacional. La adaptación a las exigencias del mercado internacional exigía de una reestructuración profunda de la base tecnológica, sistemas de organización de la producción y del trabajo, de las relaciones laborales y sindicales.

Se postuló la necesidad de realizar la transición de la *economía de escala*, basada en la producción en masa de productos idénticos, con una tecnología rígida y cuya competitividad aumenta a medida que la escala de producción se amplía y se abaten los costos por unidad, a una *economía de variedad*, basada en conceptos diferentes.⁷

El punto de partida de la economía de variedad es la tecnología flexible que permite cambios súbitos en la producción. El nuevo

⁷ Cfr. L. Mertens, *op. cit.*

equipo, basado en la microelectrónica puede reprogramarse fácilmente para fabricar productos con características distintas y así reaccionar rápidamente ante los cambios en la demanda. A su vez, el empleo de la biotecnología y la ciencia de materiales permite prescindir de materias primas tradicionales cuyo costo y creciente escasez constituía uno de los obstáculos para el crecimiento anterior.

Las exigencias de mayor calidad requieren, además, de la introducción de la *tecnología dura* (equipo), el empleo de la *tecnología blanda*, esto es, de la nueva tecnología de organización y administración de la empresa. Para racionalizar el tiempo de entrega de los insumos y satisfacer la demanda en forma inmediata (justo a tiempo), se requiere de la descentralización de la producción. Mientras la fabricación de determinadas partes debe realizarse en lugares cercanos a la oferta de los insumos necesarios, la elaboración final del producto debe llevarse a cabo en el mercado final: sólo así es posible conocer rápidamente las preferencias de los consumidores para introducirlos en el acabado del producto.⁸

De acuerdo con los artífices de la modernización industrial, la descentralización de las actividades no debe impedir un control central sobre la producción, y la flexibilidad no debe ir en detrimento de la integración de la producción. El elemento que permite “equilibrar las contradicciones entre flexibilidad y centralización del control, por un lado, y descentralización e integración, por el otro, es el hombre, a través del cumplimiento de un programa de calidad del proceso y producto.”⁹

El papel de la mano de obra en el proceso productivo no es, sin embargo, el mismo que en las empresas que trabajaban con los criterios anteriores. De hecho, en la economía de variedad cambia el contenido de trabajo y se requiere de un *nuevo perfil del trabajador* “que, al igual que la empresa, debe ser flexible e integral, asumiendo responsabilidad ante estructuras jerárquicas descentralizadas, participando en el (auto)control y, sobre todo, siendo capaz de instrumentar todas las técnicas y actitudes para lograr una calidad total.”¹⁰

⁸ *Ibidem.*

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Idem.*, p. 92.

El desarrollo económico y la educación

A medida que la industria se moderniza e introduce la tecnología de punta en sus procesos productivos, pierde importancia la preparación anterior de la fuerza de trabajo, preparación que privilegiaba operaciones manuales y mecanizadas. La reconversión de la industria provoca la desarticulación de un mercado de trabajo constituido mayoritariamente por obreros con bajas calificaciones y se plantean nuevas exigencias al sistema educativo y de capacitación.

En México, la desvinculación del sistema educativo nacional de la industria empezó a ser considerada pronto como uno de los cuellos de botella que impedía el incremento de productividad en las empresas nacionales y, por tanto, actuaba en contra de la posibilidad de competir en el mercado internacional.

Era urgente comprender, señalaban las organizaciones empresariales mexicanas, que la competitividad de una nación ya no podía descansar en la disponibilidad de materias primas ni tampoco en una oferta abundante de mano de obra barata. Por el contrario, como señala uno de los estudios de CONCAMIN:

la abundancia de determinados factores es menos importante para muchos sectores modernos que la capacidad para adecuarse a los cambios y desarrollar las habilidades, conocimientos y condiciones que, en la actualidad, determinan el ritmo y la dirección del desarrollo global. En este sentido, el acceso a las tecnologías más modernas, aunado a una creciente educación y capacitación de los recursos humanos, se está convirtiendo en la principal ventaja competitiva de las naciones.¹¹

Emprender una nueva estrategia de desarrollo implicaba, por consiguiente, transformar el sistema educativo de tal manera que su estructura, financiamiento y currículas correspondieran con las necesidades del sistema productivo orientado a elevar la rentabilidad del capital en condiciones de una competencia abierta.

Los objetivos de la educación anterior, tales como la promoción

¹¹ Confederación de las Cámaras Industriales de los Estados Unidos Mexicanos, *Productividad y educación: fundamentos para la competitividad industrial*, México, CONCAMIN, 1992, p. 11.

del desarrollo integral del hombre o la formación de ciudadanos que posean una cultura común pasaron a segundo plano. A partir de las necesidades de modernización de la planta productiva, la educación empezó a entenderse como elemento central en el proceso de acumulación de capital. Vista como inversión a largo plazo, empezó a ser concebida como uno de los factores principales del proceso de la elevación de la productividad:

Una mayor calidad de la mano de obra no sólo eleva directamente la productividad laboral, sino que indirectamente contribuye de manera decisiva al incremento de los niveles de productividad del capital mediante un mejor uso de las innovaciones tecnológicas. En este contexto, a la educación debe vérsese no como un gasto poco útil y sacrificable en términos de las prioridades de desarrollo; por el contrario, constituye una forma de *inversión social* indispensable que incrementa la rentabilidad de las empresas y amplía los cauces de desarrollo.¹²

No obstante, la elevación de los niveles de la productividad ha constituido siempre la preocupación central de toda empresa capitalista, su concepción ha ido cambiando a medida que el modelo de acumulación de capital se transformaba. En la etapa anterior, caracterizada por la producción masiva y en serie de las mercancías, el concepto de productividad relacionaba cantidades, por un lado, de recursos invertidos y, por el otro, de los resultados obtenidos. Ser productivo significaba en estas condiciones producir más bienes con la misma cantidad de recursos, o bien, producir la misma cantidad de mercancías con una inversión menor.

Actualmente, debido al desarrollo de la demanda internacional cada vez más diferenciada y exigente, la productividad ya no sólo es entendida en términos de cantidad de productos fabricados por insumo, sino cada vez más en términos de sus cualidades específicas. Así, aunque la relación producto-insumo permanezca igual, se comprende que la productividad aumentó si la calidad del producto es mayor.

¹² *Ibidem*, pp. 6-7.

La productividad entendida de esta manera es un fenómeno multideterminado, es decir, se considera que una gran cantidad de factores puede influir en la elevación de su nivel. No obstante, entre estos factores se encuentran variables de carácter macroeconómico y macrososocial tales como la dinámica del mercado, las políticas públicas o las leyes laborales. Los empresarios coinciden en enfatizar una particular importancia que tienen los agentes productivos en el ámbito mismo de la empresa para determinar un nivel definido de productividad. En este sentido el desempeño de los trabajadores es un problema central.

La categoría de la productividad relaciona, a su vez, la eficacia y la eficiencia, entendiendo el primer concepto como “los resultados del proceso, independientemente del modo en que éstos hayan sido alcanzados” y el segundo como “la adecuación entre los medios escasos de que se dispone y el fin que se persigue”.¹³

Al ampliar el concepto de productividad, los artífices de las políticas de “modernización” pretenden aplicarlo a la totalidad de las actividades relacionadas directa e indirectamente con la producción”.¹⁴ En este sentido, la educación no ha sido la excepción; su calidad y pertinencia es medida a partir de los criterios de eficacia y eficiencia tomados del ámbito productivo.

La productividad, eje de la modernización educativa

Los proyectos de la transformación educativa tanto en México como en los demás países de América Latina y el Caribe se emprendieron bajo la misma perspectiva que sometía los propósitos de la formación de las nuevas generaciones a los objetivos del aumento de la rentabilidad del capital. Los criterios fundamentales que han orientado los procesos de modernización educativa en el área

¹³ *Ibidem*, p. 52.

¹⁴ De acuerdo con la CONCAMIN: “...es posible conocer, evaluar y, lo que es más relevante, aumentar la productividad en todos los aspectos de la actividad económica, desde el ámbito propiamente macroeconómico, hasta el ámbito exclusivo de la empresa. Inclusive, en el interior de ésta es posible aplicar dicho concepto para evaluar las diferentes áreas y/o procesos: gerencia, administración, producción, comercialización, diseño, etcétera; en virtud de que en todos estos procesos se ha comprometido recursos de los que se espera resultados.” (*op. cit.*, p. 54.)

han sido invariablemente: la productividad del sistema, la maximización de su eficiencia, la racionalización de los recursos, tanto materiales como humanos, invertidos en la educación.

De acuerdo con los documentos que pretenden fundamentar la nueva visión de la educación, el compromiso de elevar el nivel de la productividad en este ámbito es doble, ya que atañe tanto su eficiencia externa como interna.

La eficiencia externa se refiere a la vinculación de la educación con el sistema productivo y social. En este sentido, modernizar la educación implica asegurar su capacidad de transformarse rápidamente, a medida que los requerimientos de la producción estén cambiando. De ahí las exigencias de desburocratizar el sistema educativo: las nuevas condiciones requieren de una administración ágil y flexible, capaz de adaptarse a cambios súbitos. Otro mecanismo que debe asegurar una mayor eficiencia del sistema es su descentralización. Se comprende que un sistema educativo dirigido por una autoridad central es mucho más impermeable a las exigencias del entorno productivo que un sistema compuesto por unidades más reducidas pero a la vez más relacionadas con las actividades productivas que se encuentran en su proximidad.

Los teóricos de la "modernización" conciben el vínculo entre la educación y el sistema productivo como una relación de servicios recíprocos. De acuerdo con este enfoque, las escuelas deben orientarse a la satisfacción de los requerimientos de las empresas mediante una preparación adecuada de la fuerza laboral, así como un apoyo decidido a las actividades de investigación y desarrollo. En respuesta, las unidades productivas deben apoyar al sistema educativo con recursos financieros. Esta pretendida armonía es, sin embargo, difícil de cumplir y los artífices de la modernización son conscientes de ello. Si bien es posible esperar que los empresarios estén dispuestos a invertir en ciertas actividades educativas, las que están relacionadas directamente con sus necesidades, "los montos de los recursos que el mercado asigne a las actividades conducentes al aprendizaje, la acumulación del capital humano y el desarrollo tecnológico serán permanentemente subóptimos"¹⁵

¹⁵ CEPAL-UNESCO, *Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile, 1992, p. 102.

La insuficiencia del financiamiento privado vuelve necesario recurrir nuevamente al Estado. Se trata de un planteamiento interesante, si tomamos en cuenta que en la base del proyecto modernizador se encuentran fuertes críticas a la concepción del Estado de bienestar y que todas sus propuestas de la transformación están orientadas a limitar al máximo su injerencia en el ámbito económico y social. Así, de acuerdo con el modelo neoliberal, el Estado sólo debe actuar donde al capital no le resulta rentable desarrollarse.

Por ello, la educación, aunque reviste importancia fundamental para la productividad industrial, debe ser atendida por el Estado, ya no reporta beneficios a corto plazo:

De acuerdo con la teoría económica del bienestar (*welfare economics*), una solución podría ser el subsidio, financiando con un impuesto neutro a esas actividades; una segunda posibilidad sería la prestación directa de esos servicios por el Estado.¹⁶

Ahora bien, dada la exigencia de una estrecha vinculación entre el sistema educativo y el productivo, se requiere de la creación de los mecanismos de evaluación que permitan medir la productividad externa del sistema escolar. En otras palabras, así como sobre la calidad de cualquier mercancía deciden los consumidores, la calidad de la educación (entendida como el grado en que logra satisfacer las expectativas del sector productivo) debe ser evaluada por agentes externos a ésta. Con este fin las autoridades educativas han tratado de recoger las demandas empresariales en lo que se refiere a los conocimientos, habilidades y actitudes consideradas por ellos como las más relevantes. No cabe duda que tanto el *Programa para la Modernización Educativa 1989-1994*, como el *Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica*, incorporan estas sugerencias en grado considerable.

Para que pueda aumentar la eficiencia externa del sistema educativo, tiene que elevarse también su productividad interna. De acuerdo con esta visión, no se trata de invertir más en la educación ni de seguir preocupándose, como en décadas anteriores, por elevar la

¹⁶ *Ibidem*.

cantidad de los servicios educativos (aumento de cobertura). Conforme a la nueva concepción, lo importante es lograr que los recursos disponibles rindan más y que la calidad de los servicios sea mayor:

Se ha superado la fase en la cual todo parecía resolverse con mayores cantidades de recursos, especialmente financieros. La transformación educativa no consiste en aumentar aquello de lo cual ya se dispone, sino en transformar las maneras de organizar el funcionamiento de recursos disponibles.¹⁷

La eficiencia es también el criterio con el cual se mide la calidad de la educación, es decir, el énfasis está puesto en los resultados finales, en los proceso de aprendizaje, más que en los de la enseñanza. La pertinencia del aprendizaje, desde el punto de vista de los requerimientos del mercado de trabajo, constituye el criterio último de la calidad educativa:

El debate internacional muestra (...) una fuerte preocupación por los resultados de la acción educativa; es decir, por aquello que los alumnos efectivamente aprenden en determinados periodos. Desde este punto de vista, la novedad más importante consiste en que los resultados que constituyen las exigencias para el desempeño en el mercado de trabajo y los resultados que lo son para el desempeño ciudadano tienden a converger y coinciden en muchos aspectos. Este cuerpo común de aprendizajes requeridos (...) constituye a su vez el patrón de medida para evaluar el diseño de los currículum y la eficacia de las metodologías aplicadas en el proceso pedagógico.¹⁸

Por otra parte, la eficacia del sistema depende del nivel de la inversión realizada en la educación. Así lo han entendido las autoridades mexicanas al diseñar la política de la modernización educativa:

Prevalece en todos los órdenes el imperativo de racionalizar los costos de producción de bienes y servicios, mejorando los sistemas de gestión, introduciendo cambios organizativos y tec-

¹⁷ *Idem*, p. 90.

¹⁸ *Ibidem*, p. 91.

nológicos, evaluando los procesos, reordenando el empleo de recursos para obtener mejores y mayores resultados con costos menores. Los sistemas educativos de todo el mundo enfrentan el reto de asegurar la calidad de sus servicios mediante formas eficientes de trabajo que incrementen la productividad.¹⁹

La fuerza de trabajo, factor de la productividad

Uno de los factores que permiten elevar la productividad en las empresas es el capital humano. En efecto, de sus características depende la posibilidad de introducir nuevos procesos tecnológicos, adaptarlos a las necesidades de la empresa, mejorarlos, etcétera.

La preparación anterior de la fuerza de trabajo resulta obsoleta para la industria que trabaja con nuevos métodos. Mientras las actividades rutinarias son desempeñadas en grados crecientes por máquinas automatizadas que desplazan a la mano de obra no calificada, las empresas buscan a trabajadores que tengan la capacidad de contribuir de manera activa a la incorporación de nuevos procesos productivos que cambian continuamente.

La necesidad de modificar y adaptar el producto a los requerimientos del mercado intensifica las actividades del diseño. Si bien, éste se desarrolla, por lo general, en un departamento especializado, todos los trabajadores deben participar en la detección de problemas y en la propuesta de las posibles soluciones.²⁰ Se trata de una actividad meramente mental que requiere de capacidades analíticas y conceptuales, así como de la aptitud para verbalizar y transmitir la información.

La capacidad de abstracción y de elaboración teórica es necesaria también para operar el equipo programable, que incrementa las tareas de programación, control y corrección, o bien para elaborar las estadísticas de control de calidad.²¹

Las otras aptitudes no son menos importantes y entre ellas destaca la capacidad de trabajar en equipo que, de acuerdo con la experiencia japonesa, tiene un impacto decisivo en la productividad de

¹⁹ Poder Ejecutivo Federal, *Programa para la Modernización Educativa*, 1989.

²⁰ L., Mertens, *op. cit.*

²¹ *Ibidem.*

los trabajadores. En efecto, es el equipo y no el obrero individual el que debe cumplir con las exigencias de la calidad del producto y el que permite optimizar el uso de recursos humanos e instalaciones físicas de la empresa. La capacidad de cooperación debe combinarse con la responsabilidad y un espíritu emprendedor que permita realizar innovaciones tendientes a elevar la calidad del producto y/o reducir el tiempo de su ejecución.

El nuevo obrero debe tener, al mismo tiempo, la capacidad de desempeñar diversas funciones (empleos polivalentes), asimilar constantemente nuevas normas y situaciones, y por consiguiente, ser apto para seguir aprendiendo durante toda su vida productiva.

La formación del trabajador con estas características requiere, a juicio de los políticos modernizadores, de una reforma integral del sistema educativo. Si bien en México dicha reforma afecta todos los niveles de la educación, en el presente trabajo pretendo resaltar los cambios propuestos para uno solo de estos niveles, a saber, la educación básica.

La importancia de la educación básica para el proceso modernizador deriva de dos premisas iniciales. En primer lugar, se supone que la incidencia de la educación en el crecimiento de la economía es tanto mayor cuanto menor es el nivel de desarrollo alcanzado por el país. En segundo lugar, se presume que en los países con estas características el impacto de la educación primaria en el desarrollo es mayor que el de la educación superior.²²

La idea de que la educación básica constituye una de las palancas del desarrollo en las condiciones de la globalización de la economía permea el discurso de las autoridades educativas de nuestro país:

La inversión de recursos económicos y sociales y la atención política en la educación básica generan rendimientos altos en todos los órdenes de la vida nacional y enriquecen el potencial de los recursos humanos, insustituibles para el desarrollo. Son múltiples los indicios que apuntan a la configuración, en el siglo XXI, de un mundo en que, ante la movilidad del capital internacional y la veloz superación de adelantos tecnológicos, el éxito y el desarrollo pleno de una nación estarán cifrados,

²² *Cfr. CONCAMIN, op. cit.*

en buena medida, en que su sistema educativo sea claramente competitivo por su amplitud, pertinencia y calidad.²³

De acuerdo con esta óptica, los países que pretenden integrar sus economías al mercado internacional y cuyo nivel de desarrollo es relativamente bajo, deben plantearse como una tarea primordial la transformación de la educación básica. Su importancia es capital en virtud de una serie de consideraciones adicionales.

En primer lugar, la escuela primaria constituye la base de todo el sistema educativo. Las deficiencias que ésta exhibe se acumulan en niveles superiores y repercuten de manera negativa en las oportunidades de aprendizaje ulterior. A la vez, la educación básica constituye el nivel terminal de formación para una gran cantidad de jóvenes en países con estructura demográfica similar a la mexicana. De ahí que la formación que proporciona la primaria debe ser suficiente para un desempeño adecuado en el sistema productivo. En definitiva, de acuerdo con el estudio de la CONCAMIN, una primaria deficiente crea “un círculo vicioso difícil de resolver, ya que los problemas que atraviesan estos niveles impiden la formación de maestros preparados para resolver las carencias básicas de la educación”.²⁴

Los contenidos y valores en la modernización de la educación básica

La visión de una estrecha vinculación entre la educación y el modelo de desarrollo ha influido de manera decisiva en el rumbo que ha tomado la reforma de la educación básica en nuestro país. De ahí que las demandas del sector empresarial fuesen consideradas con especial cuidado e incluidas como principios rectores de la transformación educativa.

Las recomendaciones de las organizaciones empresariales contemplan la totalidad de los aspectos relacionados con la estructura, funcionamiento y prestación de los servicios educativos. Todas ellas

²³ Ernesto Zedillo Ponce de León, “El porqué de la modernización de la educación básica”, *Examen*, 5 de septiembre de 1992.

²⁴ *Ibidem*, p. 30.

responden a una preocupación central que busca asegurar una estrecha relación entre la escuela y su entorno productivo. Tiene, sin duda, este sentido la propuesta de descentralizar el sistema educativo, al igual que la que recomienda una mayor participación de los particulares en el financiamiento de la educación y en la definición de los contenidos.

Si bien todas estas propuestas merecen ser analizadas con detenimiento, en el presente ensayo me interesa examinar sobre todo los criterios de acuerdo con los cuales deben modificarse, a juicio del sector privado, los programas de estudio a nivel básico. Dichos criterios están estrechamente relacionados con la necesidad que tiene la industria de crear un base nacional de desarrollo tecnológico y con la exigencia de que el ciclo básico desarrolle en los alumnos habilidades y aptitudes que aseguren su alta productividad y les permitan integrarse al sistema productivo una vez concluida la secundaria (que a partir del nuevo proyecto forma parte del ciclo básico obligatorio).

El cumplimiento con estos objetivos requiere, conforme a los representantes de la iniciativa privada, en primer lugar, reforzar las áreas que tienen mayor influencia en el desarrollo de las aptitudes científicas: matemáticas, física, química, computación y ciencias naturales. La enseñanza de dichas áreas debe abandonar métodos anteriores que privilegiaban la memorización de datos; ahora, por el contrario, el énfasis debe recaer en las capacidades de comunicación, de análisis y de resolución de problemas.²⁵

En segundo lugar, los educandos deben recibir instrucción con alguna orientación práctica. Este tipo de capacitación reviste una particular importancia desde el punto de vista del desarrollo de las aptitudes necesarias para el desarrollo y uso pleno de nuevas tecnologías. En este sentido el estudio de la CEPAL y UNESCO recomienda la incorporación de los siguientes procesos del aprendizaje:

- Aprendizaje mediante la práctica (*learning by doing*),
- Aprendizaje mediante el uso de sistemas complejos (*learning by using*);

²⁵ Cfr. CONCAMIN, *Productividad y educación...*, op. cit., y COPARMEX, CONCANACO, *Propuestas...*, op. cit., p. 23.

— Aprendizaje mediante la interacción entre productores y consumidores (*learning by interacting*).²⁶

Al mismo tiempo, la formación de recursos humanos calificados capaces de utilizar plenamente la tecnología moderna requiere de una cuidadosa educación ética, de la introducción de valores acordes con los imperativos de la modernización:

Las maneras y la medida en que se usan las tecnologías disponibles y sus aplicaciones potenciales dependen de las condiciones económicas, los valores sociales y las actitudes de los agentes que participan en el proceso. El concepto de “tasas crecientes de adopción” expresa el hecho de que muchas veces hay tecnologías que son utilizadas no porque sean eficientes en teoría, sino porque se han vuelto eficientes al ser utilizadas. El progreso técnico no es sólo una cuestión de innovación y difusión, sino también de aceptación social.²⁷

La COPARMEX y la CONCANACO proponen en este sentido incluir en los libros de texto “los valores de laboriosidad, responsabilidad, productividad, ahorro y alentar en los educandos y en los docentes los hábitos de creatividad, iniciativa, liderazgo y deseo de superación”.²⁸ Deben desterrarse los prejuicios contra la libre empresa y la generación de riqueza y, simultáneamente, debe suscitarse en el alumnado la aspiración por el progreso económico, político y social. La ética de la productividad debe buscar apoyo, a juicio del sector privado, en “los valores tradicionales de nuestra cultura”, en la “moralidad trascendente”, en las enseñanzas de la Iglesia católica y otras confesiones.

La educación ética permitirá, conforme a los empresarios, “inculcar valores, fomentar virtudes y restaurar el orden moral perturbado (y aquí todo parece caber en el mismo saco) por la corrupción, la violencia, el engaño y el robo, los desórdenes sexuales, el uso de las drogas y el alcoholismo y la práctica del aborto”.²⁹

²⁶ CEPAL-UNESCO, *op. cit.*, p. 31.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ COPARMEX, CONCANACO, *op. cit.*, p. 137.

²⁹ *Idem*, p. 145 146.

El proyecto educativo empresarial tendiente a fomentar una educación acorde con los requerimientos de la productividad y competitividad, por un lado, y a generar consenso ideológico en torno a los valores y objetivos de la clase dominante, por el otro, encontró eco en la política de la modernización educativa diseñada por la administración salinista.

No obstante, la manera en que las autoridades educativas han ido instrumentando la reforma, deja la impresión de que éstas han actuado con excesiva premura y que, por consiguiente, muchas veces han caído en la improvisación.³⁰ Un análisis detenido de las distintas medidas permite percatarse de que todos los esfuerzos por reformar los planes y contenidos de la educación básica que ha realizado la Secretaría de Educación Pública y sus organismos auxiliares han respondido a una visión clara y estructurada del nuevo modelo educativo.

En los documentos del Consejo Nacional Técnico de la Educación (CONALTE), que pretendían otorgar las bases para una ulterior elaboración de nuevos libros de texto para la primaria, se enfatizó la necesidad de dejar de lado "los contenidos que han propiciado aprendizajes memorísticos y enciclopédicos de poca utilidad en la vida diaria". Estos serían sustituidos, en cambio, por "conocimientos prácticos" que prepararían a los alumnos para una futura vida productiva. En general, en el ciclo básico de la enseñanza, los niños aprenderán sólo "lo fundamental", es decir, "se reducirá la cantidad de contenidos para favorecer la atención del aprendizaje por encima de la enseñanza". Asimismo, los nuevos programas darán mayor importancia a "actitudes y habilidades que a los conocimientos", por

³⁰ El primer proyecto de la reforma, el Programa de la Modernización Educativa, 1989-1994, fue presentado por el titular del Ejecutivo en octubre de 1989. A partir de él, se diseñó la Prueba Operativa que adoptó el sistema de enseñanza por asignatura y concluyó con la elaboración de nuevos libros de texto. Los contenidos y métodos que pretendía introducir la Prueba fueron severamente criticados y, finalmente, en julio de 1991, el proyecto fue suspendido y sustituido por otro, elaborado por el CONALTE. Pero tampoco la nueva propuesta corrió con una mejor suerte: en enero de 1992, el entonces secretario de Educación, M. Bartlett, fue sustituido por Ernesto Zedillo, quien de paso se dio a la tarea de elaborar un nuevo documento que rigiera la reforma de la educación. El Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica estuvo listo en mayo de 1992, y ya en septiembre del mismo año se introducían nuevos libros de historia para la primaria, así como "guías emergentes", que tras recibir críticas demoleadoras fueron nuevamente removidos de la circulación. En este momento la edición de nuevos libros de texto, surgidos de un concurso abierto, tampoco está exenta de conflictos e impugnaciones.

lo que la ética y el civismo deben ocupar un lugar destacado en la nueva primaria.³¹

Al año siguiente estos principios generales fueron traducidos a medidas concretas. *El Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica* definió "lo fundamental" como el aprendizaje de la lectura, escritura y expresión oral, así como de las matemáticas, subrayando el desarrollo de las capacidades de cálculo, planteamiento de problemas y su solución y el reforzamiento del estudio de las ciencias.³²

El desarrollo de estas aptitudes, acorde con el secretario de Educación Pública, "permiten seguir aprendiendo durante toda la vida y dan al hombre los soportes racionales para la reflexión.³³ Al mismo tiempo, a juicio de las autoridades,

es preciso que el educando comience a comprender los principios éticos y aptitudes que lo preparan para una participación creativa y constructiva en la sociedad moderna. Esto supone conocer las características de la identidad nacional y el alcance de los derechos y obligaciones del individuo, así como una primera información sobre la organización política y las instituciones del país. Una educación básica (...) forma la personalidad fundándola en valores como la honradez, el respeto, la confianza y la solidaridad, que son indispensables para una convivencia pacífica, democrática y productiva.³⁴

La preocupación por crear consenso en torno al proyecto modernizador salinista provocó el que se otorgara prioridad a la elaboración de los nuevos libros de historia, que pretendían mostrar la historia de México acorde con los intereses de la élite en el poder. Este enfoque, junto con problemas de orden pedagógico, metodológico y hasta errores en fechas y datos, les valieron una avalancha

³¹ Cfr. Elizabeth González Mendoza, "Favorecer el aprendizaje por encima de la enseñanza, objetivo del nuevo plan educativo", *El Día*, 5 de agosto de 1991, p. 6; José Antonio Román, "Será más versátil el nuevo libro de texto: CONALTE", *La Jornada*, 7 de agosto de 1991, p. 21; Marveya Villalobos Torres, "No sólo aprender sino aprender a trabajar", *El Heraldo*, 11 de agosto de 1991, p. 3.

³² *Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica*, 18 de mayo de 1992.

³³ Ernesto Zedillo Ponce de León, *op. cit.*, p. 8.

³⁴ *Ibidem*.

de críticas que obligaron a suspender el uso de los libros en el siguiente ciclo escolar.

Dejando de lado el problema de si la manera en que las recomendaciones empresariales fueron materializadas en nuevos programas de estudio fue exitosa, y también haciendo caso omiso de la calidad de los materiales didácticos en los que se intentó plasmar los principios de la reforma, es necesario subrayar la coincidencia de la visión gubernamental de los propósitos de la modernización educativa con el proyecto desarrollado por los empresarios. Esta coincidencia no es, desde luego, gratuita, sino que expresa un momento más en la concertación de un gran acuerdo entre la clase política y el sector privado en lo que se refiere a la estrategia de desarrollo económico y social.